

## PABLO VI Y LA REHABILITACION DE LA EXPERIENCIA<sup>2</sup>

Este hombre de gabinete, este intelectual, no se contentaba con estudiar minuciosamente los legajos: quería ver, y hubiera querido ver todavía más. Sus nueve grandes viajes dan testimonio de su deseo de entrar en contacto con los hombres. El Papa –encerrado en el recinto del Vaticano desde hacía varios pontificados– salía por fin de su aislamiento.

Es cierto que los contactos que pudo tener durante esas salidas estuvieron filtrados, seleccionados, condicionados: la policía local velaba por su seguridad. Sólo en las callejuelas de la antigua Jerusalén pudo tomar un verdadero baño de multitud, empujado como lo fue Jesús. “¿Quién me ha tocado?”. Los que lo rodeaban hubieran podido darle la misma respuesta que a Jesús: “Ves que la gente te estruja ¿y preguntas Quién me ha tocado?” (Mc 5,30-31). Pero aquí no queremos hablar de esa experiencia irremplazable de contacto personal con la base o de las fugas de un ambiente abrigado y protegido.

\*\*\*

A principios de este siglo, el modernismo, al reducir la fe a un sentimiento religioso, atrajo la condenación de Pío X. La Encíclica *Pascendi* (1907)<sup>3</sup> discierne lúcidamente los riesgos de esa posición.

a) Declara que la fe no se apoya únicamente en la experiencia subjetiva del creyente:

Para el modernista creyente, por el contrario, es firme y cierto que la *realidad* de lo divino existe en sí misma con entera independencia del creyente. Y si se pregunta en qué se apoya finalmente dicha certidumbre, responden los modernistas : en la experiencia individual. Con cuya afirmación, mientras se separan de los racionalistas, caen en la opinión de los protestantes y seudomísticos. Véase, pues, su explicación. En el sentimiento religioso se descubre una cierta intuición del corazón, merced a la cual, y sin necesidad de medio alguno, alcanza el hombre la *realidad* de Dios y tal persuasión de su existencia y de su acción dentro y fuera del ser humano, que sobrepasa, con mucho, toda persuasión científica. Lo cual es una verdadera experiencia, y superior a cualquiera otra racional; y si algunos, como acaece con los racionalistas, la niega, es simplemente –dicen– porque rehúsa colocarse en las condiciones morales requeridas para que aquella se produzca. Y tal experiencia hace, al que la ha conseguido, verdadera y propiamente creyente. (p. 787 - 104,5).

b) El recurso a la sola experiencia, al negar el papel privilegiado de la revelación hecha a Israel, relativiza las religiones, que así se tornarían todas igualmente verdaderas:

Desde luego es bueno advertir que de esta doctrina de la *experiencia*, unida a la otra del *simbolismo*, se infiere la verdad de toda religión, sin exceptuar el paganismo. Pues qué, ¿no se encuentran en todas las religiones experiencias de este género? Más de uno lo atestigua. Luego, ¿con qué derecho los modernistas negarán la verdad a las experiencias que afirma el turco, y atribuirán a sólo los católicos las experiencias verdaderas? Aunque, cierto, no las niegan; y los unos, veladamente, y los otros sin rebozo, tienen por verdaderas todas las religiones. (p. 787 - 104,5).

---

<sup>2</sup> De *Collectanea Cisterciensia*, T. 40 – 1978 - 3. Tradujo: Hna. Marta María Caviglia, osb. Santa Escolástica.

<sup>3</sup> AAS XL (1907). Las referencias en el texto remiten la traducción castellana de *Colección Completa de Encíclicas Pontificias* 1832-1965, T. I – 4<sup>a</sup> Ed. Editorial Guadalupe, Bs. As., 1965.

c) *La tradición* no es –como interpretan los modernistas– sólo una comunicación de experiencia cuya vitalidad sería el criterio de verdad:

Otro punto hay en esta cuestión de doctrina en abierta contradicción con la verdad católica. Pues esa regla de la *experiencia* es aplicada también a la tradición sostenida hasta aquí por la Iglesia, destruyéndola completamente. A la verdad, por *tradición* entienden los modernistas cierta comunicación de alguna *experiencia original* que se hace a otros mediante la predicación y en virtud de la fórmula intelectual. A la cual fórmula atribuyen, además de su fuerza *representativa*, como dicen, cierto poder *sugestivo* que se ejerce, ora en el creyente mismo para despertar en él el *sentimiento religioso*, tal vez dormido, y *restaurar* la experiencia que alguna vez tuvo; ora sobre los que aún no creen, para crear por vez primera en ellos el sentimiento religioso y producir la experiencia. Así es como la experiencia religiosa va extensamente propagándose en los pueblos, no sólo por la predicación entre los contemporáneos sino más aún a los venideros tanto por escrito como por la transmisión oral. Pero esta comunicación de experiencia a veces se arraiga y florece; a veces envejece al punto y muere. El hecho de que reflorzca es para los modernistas un argumento de verdad ya que no distinguen entre verdad y vida; de donde se saca la conclusión de que todas las religiones existentes son verdaderas: de otro modo no vivirían. (p. 788 - 104,5).

d) *La Biblia* no es únicamente –como quieren los modernistas una colección de experiencias hechas por personalidades eminentes pertenecientes a la religión judeo–cristiana:

Ya también hemos tocado algo sobre la naturaleza y origen de los libros sagrados. Conforme al pensar de los modernistas, podría uno definirlos rectamente por una colección de *experiencias*, no de las que a cada paso ocurren a cualquiera, sino de las extraordinarias e insignes que suceden en toda religión. Eso cabalmente enseñan los modernistas sobre nuestros libros, así del Viejo como del Nuevo Testamento. En sus opiniones, sin embargo, advierten astutamente que aunque la experiencia pertenezca al tiempo presente, no obsta para que tome la materia de lo pasado y aun de lo futuro en cuanto el creyente o por el recuerdo hace que lo pasado *viva* a manera de lo *presente* o por anticipación hace lo propio con lo futuro. Lo que explica cómo pueden computarse entre los libros sagrados los históricos y apocalípticos. (pp. 791–792 - 104,5).

e) *La Iglesia* no ha nacido únicamente de la necesidad de compartir una experiencia y de comunicarla: Ante todo, suponen que se originó de dos necesidades :una que existe en cualquier creyente, y principalmente en aquel que logró la primitiva y alguna singular experiencia para comunicar con otros su fe; otra, después que la fe se engendró en muchos, está en la *colectividad* y tiende a reunirse en sociedad y a conservar, aumentar y propagar el bien común (p. 792 - 104, 5). Veamos sus procedimientos apologéticos. El fin que se proponen alcanzar es este : llevar al hombre que todavía carece de fe, a conseguir acerca de la religión católica aquella *experiencia* que es, conforme a los principios de los modernistas, el único fundamento de la fe. Dos caminos se ofrecen para esto : uno *objetivo*, otro *subjetivo*. El primero brota del agnosticismo, y tiende a demostrar que hay en la religión, principalmente en la católica, tal virtud vital, que persuade a cualquier psicólogo y lo mismo al historiador de sano juicio que conviene que en su historia se oculte algo *desconocido*. A este fin urge probar que la actual religión católica es absolutamente la misma que Cristo fundó o sea el progresivo desarrollo del germen introducido por Cristo, y no otra cosa. Luego en primer lugar debemos señalar qué germen sea este, y ellos pretenden significarlo mediante la fórmula siguiente: Cristo anunció el advenimiento del reino de Dios, que en breve se establecería y del que él sería el Mesías, esto es, el ejecutor enviado del cielo y el ordenador. Tras esto, se ha de mostrar de qué suerte dicho germen, siempre *inmanente*, en la religión católica, y *permanente*, insensiblemente y según la historia, se desarrolló y adaptó a las circunstancias sucesivas, tomando de estas para sí, *vitalmente* lo que de las formas doctrinales, culturales eclesiásticas, le era útil; venciendo al mismo tiempo los impedimentos, si alguno salía al paso, desbaratando a los enemigos y sobreviviendo a todo género de persecuciones y luchas. Después que todo esto: impedimentos, adversarios, persecuciones, luchas, lo mismo que la vida, fecundidad de la Iglesia y otras cosas a este tenor, se hayan demostrado, de suerte que, aunque en la historia misma de la Iglesia aparezcan incólumes las leyes de la evolución, no basten, con todo, a explicar plenamente la historia misma, se presentará delante y ofrecerá de su voluntad lo *incógnito*.

Así hablan ellos. Mas en todo este raciocinio no advierten una cosa: que la determinación del germen primitivo únicamente se debe al *apriorismo* del filósofo agnóstico y evolucionista, y que la definición que dan del mismo germen es gratuita y creada según conviene a sus propósitos. (pp. 799-800 - 104,10).

f) La *experiencia* es un criterio difícil que se ha de manejar con prudencia:

Sólo añaden al sentimiento, como auxiliar en empresa tan ardua (la investigación de la verdad), la *experiencia*. Pero ¿de qué puede servirle? No para otra cosa sino para aumentar su vehemencia, de la cual se origina en el mismo grado, una más firme persuasión de la verdad del objeto. Mas estas dos cosas no consiguen que aquel sentimiento del ánimo deje de ser sentimiento, ni cambian su naturaleza, siempre expuesta a engaños mientras no se rija por el entendimiento; antes bien la confirman y ayudan; pues el sentimiento, cuanto más intenso es, tanto más ofrece sus cualidades propias. Como tratamos aquí del sentimiento religioso y la experiencia que en él se contiene, sabéis bien, Venerables Hermanos, cuánta prudencia sea necesaria en esta materia, y al propio tiempo cuánta doctrina para regir a la misma prudencia. Lo sabéis por el trato de las almas, principalmente de algunas de aquellas en las cuales domina el sentimiento; lo sabéis por el uso de los libros que tratan de ascética. Los cuales, aunque ninguna estimación merecen a los modernistas, contienen, no obstante, una doctrina mucho más sólida, y muestran una mucho más sutil sagacidad de observación de la que ellos se atribuyen. Ciertamente, a Nosotros nos parece locura, o por lo menos, extremada imprudencia tener por verdaderas, sin ninguna investigación, experiencias íntimas del género de las que propalan los modernistas. (p. 803 - 104,11).

En conclusión, la Encíclica recurre precisamente a la experiencia de los cristianos para condenar un recurso exclusivo y abusivo a la experiencia:

Y si es tan grande la fuerza y firmeza de estas experiencias, ¿por qué (dicho sea de paso) no se la atribuyen similarmente a la experiencia que aseguran tener muchos millares de católicos acerca de lo errado del camino por donde los modernistas andan? Por ventura, ¿sólo esta sería falsa y engañosa? Mas la inmensa mayoría de los hombres profesan y profesaron siempre firmemente que no se logra jamás el conocimiento de Dios con solo el sentimiento y la experiencia, sin ninguna guía y luz de la razón (p. 803 - 104,11).

\*\*\*

Esta sana reacción de la Iglesia afirmaba la necesidad de recurrir a la Revelación y la importancia de la razón en el itinerario de la fe. Y la palabra “experiencia”, enarbolada por los modernistas, se volvía equívoca y sospechosa; ya no se osaba emplearla en teología: estaba desterrada del lenguaje de la Iglesia a causa del mal uso y del abuso que de ella habían hecho los modernistas.

Sería evidentemente injusto y ridículo oponer Pablo VI a Pío X: ambos fueron pontífices que sufrieron mucho, dotados a la vez de una sensibilidad muy fina y de una energía indomable. Ambos supieron desafiar la impopularidad en circunstancias difíciles. Sin embargo vivieron en coyunturas históricas y teológicas diferentes. Pablo VI ha rehabilitado la palabra y el concepto de experiencia, sin ignorar los peligros que, en otros tiempos, su ilustre predecesor había denunciado. Fue una de las audacias –tal vez inconsciente, pero tanto más reveladora– de Pablo VI, el utilizar nuevamente el vocabulario de la experiencia.

Una encuesta sistemática a través de las Actas pontificias entre 1907 y 1963 revelaría que la palabra había desaparecido casi por completo del lenguaje de los papas. Por el contrario Pablo VI recurre a ella con predilección. A falta de una lista exhaustiva de su empleo en su obra escrita y oral, bastaría citar algunos pasajes característicos de dos documentos, de géneros literarios diferentes, que emplean este vocabulario de la experiencia con una notable densidad. La Encíclica “*Ecclesiam suam*” de 1964 y la Exhortación apostólica “*Gaudete in Domino*”, de 1975 abundan en testimonios de lo que se podría llamar la rehabilitación por Pablo VI de la experiencia humana y espiritual. Los riesgos denunciados

por Pío X ya habían sido evitados; ¿por qué privarse por más tiempo de un lenguaje que habla a todo el hombre?

### **LA ENCICLICA “*ECCLESIAM SUAM*”<sup>4</sup>**

En esta Encíclica programática de los comienzos de su pontificado, Pablo VI recurre repetidas veces al lenguaje de la experiencia.

Ante todo, la Iglesia actual tiene necesidad de confrontar su experiencia tradicional con el mundo moderno en mutación:

Tenemos además que adaptarlos (tales pensamientos) a las actuales condiciones de la Iglesia misma en una hora de actividad y conmoción, tanto de su interior experiencia espiritual (*in quibus pariter eius interior vita longo periclitata usu admodum viget*) como de su exterior esfuerzo apostólico; y no podemos, finalmente, ignorar el estado en que actualmente se halla la humanidad en medio de la cual se desenvuelve nuestra misión (n. 5).

La Iglesia misma debe experimentar en sí la vida de Cristo:

La Iglesia tiene necesidad de reflexionar sobre sí misma; tiene necesidad de sentirse vivir. Debe aprender a conocerse mejor si quiere vivir su propia vocación y ofrecer al mundo su mensaje de fraternidad y salvación. Tiene necesidad de experimentar a Cristo en sí misma, según las palabras del apóstol Pablo : “Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones” (*Ef 3,17*) [ns. 25 y 26].

Experiencias espirituales nuevas han de ser integradas a la tradición:

Bien sabido es, además, cómo la Iglesia, en estos últimos tiempos, ha emprendido, por obra de insignes investigadores, de almas grandes y reflexivas, de escuelas teológicas calificadas, de movimientos pastorales y misioneros, de experiencias religiosas de nota, pero principalmente por obra de enseñanzas pontificias memorables, un mejor estudio de sí misma. (n. 32).

Recordando una expresión de Sto. Tomás (*In I Sent.*, dist. XIV, q. II, a. 2, ad 2 et 3), Pablo VI describe la fe como una realidad casi experimental:

El misterio de la Iglesia no es mero objeto de conocimiento teológico sino que debe ser un hecho vivido, del cual el alma fiel, aun antes que un claro concepto, puede tener una como connatural experiencia; y la comunidad de los creyentes puede hallar la última certeza en su participación en el Cuerpo Místico de Cristo cuando se da cuenta de que es el ministerio de la Jerarquía eclesiástica el que por divina institución provee a iniciarla, a engendrarla (*Ga 4,19; I Co 4,15*), a instruirla, a santificarla, a dirigirla (n. 42).

Las oposiciones y tensiones que existen en la Iglesia hallan su solución en una experiencia común más bien que en enfrentamientos demasiado intelectuales:

Si logramos despertar en nosotros mismos y educar en los fieles, con profunda y vigilante pedagogía, este fortificante sentido de la Iglesia, muchas antinomias que hoy fatigan el pensamiento de los estudiosos de la Eclesiología como, por ejemplo, la Iglesia es visible y a la vez espiritual, cómo es libre y al mismo tiempo disciplinada, cómo es comunitaria y jerárquica, cómo es santa ya y siempre en vías de santificación, cómo es contemplativa y activa, y así en otras cosas serán prácticamente dominadas y resueltas con la experiencia iluminada por la doctrina, por la realidad viviente de la Iglesia misma (n. 43).

---

<sup>4</sup> AAS LVI (1964). Las referencias en el texto remiten a la traducción castellana de Colección *Completa de Encíclicas Pontificias* 1843-1965, T. II, 4ª Ed. Editorial Guadalupe, Bs. As., 1965

El amor es la experiencia fundamental:

¿No marca acaso la caridad el punto focal de la economía del Antiguo y del Nuevo Testamento? ¿No están dirigidos a la caridad los pasos de la experiencia de la Iglesia? ¿No es acaso la caridad el descubrimiento siempre más luminoso y más gozoso que la teología, por un lado, y la piedad por otro, van haciendo en la incesante meditación de los tesoros escriturísticos y sacramentales, de que la Iglesia es heredera, depositaria, maestra y dispensadora? (n. 64).

### ***LA EXHORTACION APOSTOLICA "GAUDETE IN DOMINGO"***<sup>5</sup>

Diez años después, en un documento más pastoral, se expresa Pablo VI con igual libertad sobre la experiencia.

Hombres y mujeres simplemente disponibles a una cierta luz interior, pudieron, antes de la venida de Cristo, y pueden en nuestros días, experimentar de alguna manera la alegría de Dios (I).

Define la condición humana como una experiencia de finitud:

La experiencia de finitud, que cada generación vive por su cuenta, obliga a constatar y a sondear la distancia inmensa que separa la realidad del deseo de infinito (I).

Observa que la información transmite con más frecuencia la experiencia de la desgracia que las experiencias de la felicidad:

Estas miserias no son quizá más graves que las del pasado, pero toman una dimensión planetaria; son mejor conocidas al ser difundidas por los medios de comunicación social, al menos tanto cuanto las experiencias de felicidad; abruma las conciencias sin que con frecuencia pueda verse una solución humana adecuada (I).

El designio de Dios sobre la humanidad, tal como la Biblia nos revela, es una experiencia de liberación:

Se trata siempre (en la Biblia) de una experiencia exaltante de liberación y restauración –al menos anunciadas– que tiene su origen en el amor misericordioso de Dios para con su pueblo elegido (II).

La paz está vinculada a la venida de Cristo, como lo atestiguan la fe y la experiencia:

A la luz de la fe y de la experiencia cristiana del Espíritu, esta paz que es un don de Dios (...) está vinculada a la venida y a la presencia de Cristo (III).

El mismo Jesús ha experimentado la alegría humana:

Él ha experimentado en su humanidad todas nuestras alegrías. Él, palpablemente, ha conocido, apreciado, ensalzado toda una gama de alegrías humanas, de esas alegrías sencillas y cotidianas que están al alcance de todos (III).

Finalmente, la alegría de los santos es testimonio de una común experiencia espiritual dentro de una diversidad de carismas:

Desde hace veinte siglos esta fuente de alegría no ha cesado de manar en la Iglesia y especialmente en el corazón de los santos. Vamos a sugerir ahora algunos ecos de esta experiencia espiritual que ilustra,

---

<sup>5</sup> AAS LXVII (1975). Traducción castellana del O. R. (edición castellana) del 25 de mayo de 1975.

según la diversidad de los carismas y de las vocaciones particulares el misterio de la alegría cotidiana (IV).

Se podría fácilmente señalar otros textos. Por ejemplo en el discurso de apertura de la IV sesión del Concilio (14 de setiembre de 1965)<sup>6</sup>.

No se nos pase casi inadvertida esta hora solemne, no se pierda esta única experiencia entre las numerosas y cotidianas vicisitudes de que se entreteje la trama ordinaria de nuestra vida (n. 5).

Sabemos efectivamente, por amarga y siempre actual experiencia, que también el amor, y quizá especialmente el amor, encuentra y provoca indiferencia, oposición, desprecio, hostilidad (...) El arte de amar se torna con frecuencia en arte de sufrir (n. 19). Y nunca como hoy, desde el día en que la naciente Iglesia era *un solo corazón y una sola alma* (Hch 4,32), la Iglesia ha afirmado, vivido y experimentado, pedido y deseado que fuese plenamente integrada la efectiva y mística unidad que Cristo le concede, como en la celebración del presente Concilio. En el tumulto de los acontecimientos contemporáneos, en la previsión de otras futuras alteraciones, en la decepcionante experiencia de las discordias humanas siempre nacientes, y en el irresistible camino de los pueblos hacia su unificación, teníamos necesidad de verificar, casi experimentalmente, la unidad que nos hace a todos familia y templo de Dios, cuerpo místico de Cristo; teníamos la necesidad de encontrarnos y sentirnos verdaderamente hermanos, de cambiarnos el beso de paz, de amarnos, en una palabra, como Cristo nos ha amado (n. 12).

En la **EXHORTACION “EVANGELICA TESTIFICATIO”**<sup>7</sup>, del 29 de junio de 1971, dirigida a los religiosos y religiosas:

¿Cómo beneficiarse de la experiencia del pasado y de la reflexión presente, para reforzar esta forma de vida evangélica? (n. 6).

Una preciosa ayuda os ofrecen las formas de vida que ha impulsado a adoptar la experiencia, fiel a los carismas de los diversos institutos (...) [n. 32].

La experiencia de la santidad cristiana nos demuestra la fecundidad de la oración (n. 43).

... Ese gusto del absoluto que es el fruto de una cierta experiencia de Dios (n. 52).

Sin duda alguna, sería vano y presuntuoso extraer de estos textos una teología de la experiencia según Pablo VI., pero es digno de atención que Pablo VI, lejos de elaborar una teoría, recurre espontánea y frecuentemente a este lenguaje. Se inscribe así en la larga tradición de los Padres de la Iglesia.

Ciertamente que no ignora –y lo denuncia con fuerza– el recurso ambiguo a la experiencia en detrimento de la práctica sacramental:

Debemos recordar que entre la entrada de Cristo en la escena evangélica y su última venida al fin del mundo, nuestra vida religiosa se realiza por vía sacramental, no por vía de experiencia directa (La oscuridad de la fe. Audiencia general del 15 de marzo de 1967).

Pone en guardia contra una experiencia espiritual cerrada sobre sí misma y con fervores equívocos:

Por instinto, es un fenómeno con tendencias “anti-institucionales”. Se apela hoy a la libertad religiosa, a la autonomía de la conciencia, a la madurez del cristiano moderno. Se adopta un espíritu crítico, con frecuencia indócil y superficial que linda a veces con el libre examen; se tolera de mala gana el

---

<sup>6</sup> AAS LVII (1965). Traducción castellana en BAC 252.

<sup>7</sup> AAS LXIII (1971). Traducción castellana del O.R. (edición castellana) del 4 de julio de 1971.

magisterio eclesiástico y se niega a veces su extensión y su autoridad; se quiere salir de las filas organizadas de las fuerzas católicas, que son consideradas como un *ghetto* cerrado, y no se advierte que se forman otros más cerrados y arbitrarios donde sólo los iniciados son admitidos y estimados. Se siente fastidio ante los superiores y los hermanos y se simpatiza con más facilidad con los extraños y con los adversarios :se carece a menudo de integridad doctrinal y de una vivida caridad familiar y social; se forma un sentido de la Iglesia propio, liberado de los compromisos acostumbrados de la comunidad compaginada por las normas canónicas; y se proponen en cambio compromisos individuales, buenos y austeros, quizás, pero separados del contexto eclesial y que por lo mismo degeneran con facilidad. Son arroyos que nunca llegarán a ser ríos. Son a menudo fuerzas magníficas, que sin quererlo, construyen poco y a veces causan perturbación, y que después de momentos de gran fervor, por lo general, se debilitan y desaparecen (“*Una Iglesia siempre joven y siempre nueva*”. Audiencia general del 11 de setiembre de 1968).

Pero rehabilita realmente el lenguaje de la experiencia en el lenguaje pontificio y se complace en recordar la primacía de lo vivido sobre lo nocional.

La crisis modernista había exigido una crítica del recurso a la experiencia. Pasadas dos generaciones, la teología podía reencontrar, siguiendo a Pablo VI, esta dimensión existencial sin la cual se marchita en un racionalismo teológico o –por compensación– se diluye en una piedad de mala ley.

Más allá de la condenación severa y justificada de Pío X, de los, abusos de pensamiento y de lenguaje de la crisis modernista, de una apologética más deísta que cristiana, de una piedad más sentimental que teológica, de una escolástica nominalista y exangüe, Pablo VI, interrumpiendo este encadenamiento causal, esta serie de reacciones en cadena, supo discretamente reencontrar las fuentes vivas de la tradición cristiana: una experiencia espiritual injertada en una experiencia humana, en suma, una “mística encarnada”.

Esta enseñanza de Pablo VI, tanto más profunda cuanto más discreta –a modo de *obiter dicta*– traduce, por otra parte, una evidente experiencia espiritual personal. Ningún hombre de su generación habrá hecho más que él la experiencia de “esta tierra doliente, dramática y magnífica” a la que decía adiós en su testamento. Conoció la “experiencia de la finitud”, pero lejos de suscribir el desengañado pesimismo del Cohelet, supo dominar esta angustia existencial –que compartía con todos sus contemporáneos– y participar en la “experiencia de la alegría de Dios” a la que todos los hombres son llamados.

*Abad de Ligugé*